

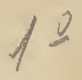




ENSAYO

SOBRE

EL HOMBRE.



POEMA DE POPE,

TRADUCIDO DEL INGLES

POR

GREGORIO GONZALEZ AZAOLA,

DIPUTADO Á CÓRTES

POR LA PROVINCIA DE SEVILLA.



MADRID EN LA IMPRENTA NACIONAL

AÑO DE 1821.

AL EXC.MO SEÑOR

DON CARLOS MIGUEL STUARD,
FITZ JAMES, SILVA, ALVAREZ DE TOLEDO &c., Duque de Berwick y de Alba, de Liria y Jerica, de Huescar, Galisteo y Montoro; Conde-Duque de Olivares, Conde de Lemos, Grande de España de primera clase &c. &c &c.

EXC.MO SEÑOR.

Nacisteis Duque y poderoso, como pudierais haber nacido simple ciudadano de mi virtuosa madre y honrado padre, los cuales no me dejaron mejor patrimonio que el ejemplo de sus acciones, y la gloria de morir este por su patria en 1808 á la edad de 63 años

A 2

vendiendo cara su vida en la batalla de Búrgos á los esclavos de Buonaparte. ¿Pero quereis ser mas grande y mas dichoso y mas excelente por vos mismo, que lo que nacisteis por vuestra ventura, y las virtudes de vuestros abuelos? Pues meditad la obra maestra de Pope, y seguid su filosofía, que es la de la misma naturaleza. ¿Quereis saber á fondo lo que mas os conviene para ser feliz en la tierra? Pues aprended estas pocas verdades acerca del ser humano; que pocas son las que en todas las ciencias merecen llamarse tales. ¿Quereis hacer un bien sólido á nuestra amada España, contribuyendo con vuestro ejemplo á arraigar mas y mas en ella los principios eternos de la moral mas sabia? Pues aceptad este don del mayor poeta filósofo al sabio Bolingbroke, y afirmaos con él en las altas ideas y nobles máximas que tan tempranamente habeis adoptado; porque para eso, y que llegueis á ser verdadero modelo de un nuevo linage de grandes, os lo ofrece vuestro conciudadano, apasionado y servidor

Q. O. B. L. M.

Gregorio Gonzalez Azaola.

ENSAYO
SOBRE EL HOMBRE.

EPISTOLA PRIMERA.

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RESPECTO AL UNIVERSO.

Despertad, mi querido Bolingbroke; dejad todas las pequeñeces á la baja ambicion y al orgullo de los potentados. Pues que todo lo que podemos sacar de esta vida se reduce á ver claro al rededor de nosotros mismos, para luego morir, recorramos al menos libremente esta escena del hombre ¡asombroso laberinto! pero que tiene su cierta regularidad; campo en que crecen las flores mezcladas con los abrojos; jardin que tienta con frutos vedados. Ea, venid conmigo, exploremos este vasto campo, y ora sea raso, ora montuoso, veamos lo que en él hay. Reconozcamos los senderos ocultos de cuantos an-

dan arrastras por la oscuridad, y las alturas desmesuradas á que se remontan otros hasta desaparecer. No perdamos jamas de vista á la naturaleza; caigamos sobre la locura en la fuerza de su correr, y sorprendamos las costumbres en el acto mismo de nacer. Riámonos cuando debamos, y seamos sinceros cuando podamos; ¡pero hagamos respetar al hombre los altos juicios de Dios!

Y ante todas cosas ¿podemos discurrir algo acerca de Dios en su altura, ó del hombre mortal acá abajo, mas que con arreglo á aquello que conocemos? Del hombre ¿conocemos por ventura otra cosa sobre que fundar nuestros discursos mas que su morada en la tierra? Y por lo que hace á Dios, aunque se nos manifiesta en esos innumerables mundos que apenas distinguimos sobre nuestras cabezas, ¿nos toca buscarle en otra parte que en el que nos colocó? Aquel que pudiera llegar á comprender lo que hay en el resto de su vasta inmensidad, y ver compuesto el universo de mil mundos sobre otros mil mundos, observar el movimiento y enlace de un sistema con otros sistemas, reconocer otros planetas, otros soles, y los diferentes seres que pueblan cada astro, aquel seria quien pudiese decir por qué Dios

hizo todos las cosas como las hizo. Nuestra alma trascendental y penetrativa ¿comprende acaso los apoyos y enlaces, las firmes trabazones, delicadas dependencias y exactas gradaciones de todas las partes de esta grande obra? ¿Podrá una parte contener al todo?

La gran cadena que todo lo sostiene y reune ¿está en las manos de Dios, ó está en las tuyas? ¡Hombre presuntuoso! ¿quieres saber la razon por qué has sido hecho tan débil, pequeño y ciego? Pues averigua primero, si puedes, la razon aun mas incomprensible, por qué no has sido hecho mas débil, mucho mas ciego y mas pequeño. Pregunta á tu madre la tierra por qué son las encinas mas altas y robustas que las matas que estan á su sombra, ó pregunta á esa bóveda azul del cielo por qué los satélites de Júpiter son menores que el mismo Júpiter.

Si es cierto que entre todos los sistemas posibles debió escoger el mejor la infinita sabiduría, en que no hubiese vacío alguno, pues á haberlo no habria coherencia, y en que todo cuanto habia de existir estuviese en su debido lugar, ¿no es evidente que en la escala de los seres vivientes y sensibles debe haber uno tal como el hombre, y que toda la cuestion (dis-

pútese lo que se quiera) queda reducida á esto solo: si Dios le ha colocado donde no debia?

Lo que llamamos injusto respecto al hombre no solo puede, sino que debe ser justo respecto al todo. En las obras de los hombres, aun las mas bien acabadas, mil movimientos combinados escasamente producen aquel fin que uno se propone. En las de Dios un simple movimiento no solamente produce su fin, sino que tambien contribuye á alguna otra operacion. De esta suerte el hombre, que aqui parece el ser principal, tal vez hace un papel secundario respecto á alguna esfera desconocida, y es solo el móvil de alguna rueda, ó el instrumento de algun otro fin; pues solo vemos una parte, pero no descubrimos el todo.

Cuando el caballo arrogante conozca por qué el hombre le refrena en su orgullosa carrera, ó le hace volar por las llanuras; cuando sepa el buey estúpido por qué abre la tierra en surcos, ó por qué es coronado de guirnaldas convertido en Dios de Egipto, entonces comprenderá la orgullosa estolidez del hombre el uso y fin de su ser, de sus acciones y pasiones, por qué obra, sufre, se reprime ó mueve, y por qué en este instante es un es-

clavo, y en el que sigue una deidad.

No digamos: el hombre es imperfecto, el Hacedor lo ha errado; digamos mas bien que es todo lo perfecto que podia ó debia ser; su ser es proporcionado al estado y lugar que ocupa, su tiempo es un solo momento, y su espacio un solo punto.

El cielo oculta á todas las criaturas el libro del destino, excepto la página que les hace falta, y es la de su actual estado; como oculta á los brutos lo que conoce el hombre, y á los hombres lo que saben los espíritus: ¿quién podria de otra manera soportar en la tierra su existencia? Tu deleite condena hoy á muerte al corderillo; si tuviera él tu razon, ¿saltaria y retozaria? Contento hasta el postrer momento pace en el prado la florida yerba, y lame la mano que va ya á alzarse para derramar su sangre. ¡O ignorancia de lo futuro! que nos has sido piadosamente dada, para que podamos todos concluir el círculo trazado por el Ser supremo. ¡Quién puede ver con semblante igual, sino el Dios de todas las cosas, perecer el héroe, ó morir el pajarillo, confundirse los átomos, ó trastornarse el cielo, formarse una burbuja, ó aparecer un mundo entero!

¡Hombre! Humíllate en tus esperan-

zas, y toma vuelo con tiento. ¡ Aguarda á la muerte, que es el gran maestro, y entre tanto adora á Dios! No te dió á conocer cuál será tu felicidad futura; pero te ha dado la esperanza para que sea tu felicidad presente. Florece en el pecho humano una esperanza eterna; jamas es feliz el hombre, pero siempre debe serlo. El alma inquieta, y confinada en su encierro, descansa y se distrae con la idea de una vida venidera.

He ahi ese pobre indio, cuyo rústico entendimiento ve á su Dios en las nubes, ó cree oirle en el viento No aprendió su alma de una ciencia orgullosa á levantarse tan alta como la órbita del sol ó la via lactea. Pero la simple naturaleza le dió su esperanza; y se figura él allá un cielo detras de cierta montaña cuya cima toca en las nubes, ó algun mundo mas seguro allá en medio de los bosques, ó alguna isla mas dichosa en un anchuroso golfo, donde hallen otra vez los esclavos su pais natal, y no espíritus malignos que les atormenten, ni fanáticos sedientos de oro. El existir satisface sus deseos naturales. No pide las alas de los ángeles ni el fuego de los serafines; pero juzga que admitido su perro fiel en un cielo igual para todos, le servirá de compañía. ¡An-

da, tú que te crees mas sabio, y pesa en la balanza de la razon tu opinion contra la Providencia: llama imperfeccion la que tú te imaginas tal; di, aqui ha dado demasiado, alli no ha dado bastante; destruye todas las criaturas por tu antojo ó pasatiempo; y exclama sin embargo: si el hombre es miserable, si no se lleva él solo toda la atencion del cielo, y es el único ser perfecto aqui, y despues inmortal, Dios es injusto...! ¡anda, arranca de su mano la balanza y el cetro, juzga á la justicia misma, y hazte el Dios de todo un Dios!

Nuestros errores, amigo mio, nacen del orgullo en el discurrir. Todos se salen de su esfera, y se remontan hasta las estrellas. Siempre se ha propuesto la vanidad las moradas celestiales; los hombres quisieron ser ángeles, y los ángeles ser dioses. Si los ángeles que aspiraron á ser dioses cayeron, los hombres que aspiran á ser ángeles serán rebeldes. Y el que ose solo desear el trastorno de las leyes del orden peca contra la eterna causa.

Pregúntese ¿por qué brillan esos orbes? ¿por qué existe la tierra? y el orgullo responderá: ,, Eso, todo es para mí. » Para mí la naturaleza benéfica desarro» lla sus producciones, brotan las yerbas,

» y se desplegan las flores: para mí renue-
» va la vid cada año su nectar delicioso,
» y su fragancia la rosa: para mí encierra
» la mina mil tesoros: para mí mana la sa-
» lud de mil fuentes; los mares se mueven
» para trasportarme; el sol se levanta para
» alumbrarme; mi escabel es la tierra, y
» el cielo mi dosel."

Pero la naturaleza ¿no se aparta de sus fines benéficos cuando un sol ardiente vibra la muerte en sus rayos abrasadores; cuando los terremotos se tragan ciudades y provincias; ó cuando las tempestades é inundaciones se llevan pueblos enteros á lo profundo del mar? No (debe responderse): la primera causa omnipotente no obra por leyes particulares, sino por leyes generales. A excepcion de muy pocas cosas, todo se ha ido mudando desde el principio. ¿Y qué es lo que hay acaso perfecto entre todo lo criado? ¿Pues por qué el hombre lo habia de ser? Si la felicidad humana es el gran fin de todo, entonces la naturaleza aberra ó se desvia; ¿pues por qué aberraria menos el hombre? Este gran fin requiriria una constante alternativa de lluvias y dias serenos, asi como una regularidad perpetua en los deseos del hombre; una eterna primavera y cielos sin nubes, asi como hombres moderados

siempre sabios y prudentes. Luego si las pestes y terremotos no trastornan los designios del cielo, ¿por qué los ha de trastornar un Borja ó un Catilina? Del orgullo, del orgullo nacen estos altivos raciocinios. Juzguemos de las cosas morales por las cosas naturales. ¿Por qué culpamos al cielo de una cosa, y le disculpamos de otra? El someterse á él en unas y otras es discurrir atinadamente.

Tal vez nos pareceria mejor que todo fuese armonía en el mundo físico, y todo virtud en el moral; que jamas se viesen el aire ni el mar agitados por los vientos, asi como tampoco el alma por las pasiones. Pero todo subsiste por este combate de los elementos, y nuestras pasiones son los elementos de la vida. Desde el principio del mundo fue observado en la naturaleza este orden general, y tambien lo ha sido en el hombre.

¿Qué es lo que quisiera este hombre? Tan pronto parece que se eleva, y siendo algo menos que el ángel desearia ser mas, y tan pronto mirando al suelo parece mohino y quejoso de no tener la pujanza del toro y la piel del oso. Si cree que todas las criaturas han sido hechas para su uso, que diga ¿de qué le servirian si tuviese él las propiedades de todas?

Liberal la naturaleza sin profusion les asignó órganos á propósito y facultades peculiares á todas; y fueron indemnizadas de su falta aparente, unas con grados de ligereza, y otras con grados de fuerza (*), todo en una exacta proporcion á su estado. Nada hay que añadirles, nada que quitarles. Cada bruto, cada insecto es feliz en su propio estado. ¿Sería pues el cielo cruel con el hombre, y con el hombre solamente? Y el que únicamente llamamos racional ¿no se ha de contentar con nada, á no ser feliz en todo?

La felicidad del hombre, si el orgullo nos dejara conocerlo, no está en obrar ó pensar mas allá de los límites del género humano, ó en que le hayan tocado en parte mas fuerzas de cuerpo y alma que las que corresponden á su naturaleza y á su estado. Entonces ¿por qué no habia de tener tambien el hombre una vista microscópica? Por una razon muy clara; porque el hombre no es una mosca. ¿Y cuál

(*) Es un axioma de anatomía que la fuerza y ligereza de los animales guardan siempre cierta proporcion; de manera que los que estan dotados de mas fuerza tienen menos ligereza, y los mas ligeros son los menos fuertes.

es el uso que haria de ella, si se le hubiese dado tan buena vista? Examinar un gusanillo, y no alcanzar á ver el cielo. ¿Y qué haria con un tacto mas delicado, si haciéndole todo temblar se le introducirian por cada poro los dolores mas agudos? ¿Qué con un olfato mejor, si los efluvios de una rosa le harian morir de dolores aromáticos por sus vibraciones dentro del cerebro? ¿Qué con un oido mas fino, si le pareceria que tronaba toda la naturaleza en sus oidos, y se sentiria aturdido con la música de las esferas que giran sobre su cabeza? ¡Oh y cuánto desearia entonces que le hubiera privado el cielo del blando susurro de los zéfiros y del grato murmullo del arroyo! ¿Quién no reconocerá la infinita bondad y sabiduría de la Providencia tanto en lo que da como en lo que niega?

Otro tanto como se extienden los diversos y dilatados grados de la creacion, otro tanto crece la progresion de las facultades sensitivas é intelectuales. ¡Qué distancia, qué gradacion desde los millares de plantas que cubren y hermosean los campos hasta la raza imperial del hombre! ¡Qué de modificaciones en la vista desde el velo del topo hasta el ojo perspicaz del lince! ¡En el olfato; desde la leona que se aba-

lanza sobre la presa (*) hasta el podenco que sigue su rastro con tanta sagacidad! ¡En el oido; desde los peces que vagan por las profundidades del océano hasta las avecillas que gorjean en los bosques por la primavera! ¡Qué exquisito tacto el de la araña! el mas leve toque mueve todos los hilos de su tela, como que vive atenida á la sutileza de su obra. ¡Qué sentido tan delicado y seguro en la solícita abeja para extraer un rocío agradable y balsámico hasta de las yerbas venenosas! ¡Qué diferencia de instinto entre el cerdo que se revuelca en el fango, y entre tí, elefante medio racional! ¡Qué débil antemural es el que hay entre el instinto y la razon, los cuales parecen estar siempre tan cercanos, y estan para siempre separados! ¡Qué alianza tan íntima entre la memoria y la reflexion! ¡Qué pequeña separacion entre la sensacion y el pensamiento! ¡Cuánto tiran á reunirse aquellos seres partícipes de una naturaleza media, y sin embargo ja-

(*) El modo de cazar que tienen los leones en los desiertos de Africa es dar un fuerte rugido al anochecer, el cual espanta á todos los animales, y por el ruido que van metiendo en su huida seguir la presa con el oido mas bien que con el olfato.

mas pasan la línea insuperable que se les ha prescrito! Sin esta justa gradacion entre las criaturas ¿podrian estar sujetas las unas á las otras, y todas á tí? Y siendo domeñadas por tí solo todas sus fuerzas y facultades, ¿no vale tu razon por todas ellas?

Mira pronta toda la materia y dispuesta á dar origen á los seres en el mar, en la tierra y el aire. En lo alto, ¡qué infinita progresion de vivientes puede caber! Al rededor ¡qué amplitud! Abajo ¡qué profundidad! ¡Oh inmensa cadena de seres, que principias desde Dios! Naturalezas celestiales y terrenas, angel, hombre, bruto, ave, pez, insecto. ¡Oh extension á que no llega la vista, y á que ni la óptica alcanza! ¡Del infinito hasta tí, y desde ti hasta la nada! Si pudiéramos usurpar algo á las potestades superiores, las inferiores podrian hacer otro tanto con nosotros, ó habria quedado un vacío en la plenitud de la creacion, en la cual roto un escalon, quedaba la gran escala destruida; bien asi como faltando un eslabon cualquiera de la cadena de la naturaleza, ora fuese el décimo, ora el diezmilésimo, se romperia la cadena.

Y si cada mundo gira segun el orden determinado, que no es menos esencial para él que para este maravilloso univer-

so, la menor confusion que sobreviniese en uno acarrearia la ruina no solamente de aquel sistema, sino tambien del total. Pero no; ¡que la tierra perdiendo el equilibrio se aleje de su órbita; que los soles y los planetas vaguen sin regla por el firmamento; que los espíritus que gobiernan las esferas sean arrojados de ellas; que un ser se abisme sobre otro ser, y un mundo sobre otro mundo; que los ejes del cielo se estremezcan, y tiemble toda la naturaleza hasta el trono del mismo Dios! ¡que todo este orden se trastorne con horror! ¿Y por quién? Por tí, gusano vil y despreciable? ¡Qué locura! qué orgullo! qué impiedad!

Si el pie destinado á hollar la tierra, ó la mano destinada al trabajo aspirasen á ser la cabeza; y si la cabeza, el ojo ó el oido se enojasen de ser únicamente los meros instrumentos del espíritu que les gobierna, ¿no seria una necedad? Pues no lo seria menos el que en esta fabrica general pretendiese una parte ser otra, ó se quejase de la tarea y obligacion que le hubiese señalado el grande Espíritu ordenador.

Cuanto existe no es mas que una parte de aquel prodigioso todo, cuyo cuerpo es la naturaleza, y del cual Dios es el alma; el que diversificado en cada ser, y siendo

en todos el mismo, tan grande en la tierra como en el cielo, calienta en el sol, refresca en el viento, brilla en las estrellas, y florece en los árboles. Vive en cada viviente, se extiende hácia todos lados, se reparte sin dividirse, lo hace todo sin consumirse, respira en nuestra alma, anima nuestra parte mortal, tan poderoso y tan perfecto en la formacion de un cabello como en la del corazon, y en el hombre vil que se queja como en el arrobado serafin que se abrasa de puro amor. Nada hay alto, nada bajo, nada grande, y nada pequeño para él. Todo lo llena, todo lo circunda, todo lo une, y todo lo iguala.

Cesa pues, y no llames al orden imperfeccion. Nuestra propia felicidad depende de aquello mismo que vituperamos. Conoce el pequeño punto de tu ser; pues ese provechoso, ese debido grado de ceguedad y flaqueza, es un presente que te ha hecho el cielo. Sométete, y está seguro de que sea en esta ó en cualquier otra esfera serás tan feliz como puedas ser; y sea al nacer, ó en tu hora final, ponte en manos del que dispone de todo. La naturaleza toda es un arte desconocido para tí; todo acaso es una direccion, que no eres capaz de ver; toda discordia, una armonía, que no llegarás á entender; todo mal

particular, un bien general; y en despecho del orgullo y de la razon extraviada es una verdad muy clara: *Que todo, todo cuanto existe es del modo que debe ser.*

EPISTOLA SEGUNDA.

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RESPECTO A SI MISMO COMO INDIVIDUO.

Conócete á tí mismo, y no te imagines poder sondear la divinidad. El estudio mas propio de la especie humana es el hombre. Colocado como en el istmo de un estado intermedio ó confinante, y siendo una mezcla de luz y oscuridad, de bajeza y de grandeza, con demasiado conocimiento para la duda escéptica, y con demasiada debilidad para la fiereza estóica, está vacilante entre ambas á dos, no sabe si hacer algo ó no hacer nada, y duda si tenerse á sí mismo por Dios ó por bruto, y preferir al cuerpo ó al espíritu. No nació sino para morir, y no discurre mas que para errar; y su razon es tal que ignora igualmente si piensa demasiado, ó si de masiado poco. Es un caos de opiniones y

pasiones y una pura confusion. Se está engañando continuamente, y desengañándose á sí mismo. Ha sido creado la mitad para elevarse, y la otra mitad para abatirse. Es dueño de todas las cosas, y sin embargo la presa de todas ellas. Es único juez de la verdad, y está cayendo continuamente en el error; y en fin es la gloria, el juguete y el enigma de este mundo.

¡Ea, estupenda criatura! remóntate adonde las ciencias te guian. Mide la tierra, pesa el aire, y calcula las mareas. Demuestra qué leyes siguen los errantes planetas en sus órbitas; corrige el tiempo, y marca al sol su camino. ¡Ea, elévate con Platon á la esfera del empíreo hasta llegar al bien primero, á la primera perfeccion y belleza primera, ó penetra en el laberinto hollado por sus sucesores, y di que el desentenderse de los sentidos es imitar á Dios, á la manera que aquellos sacerdotes orientales, que despues de dar sus vueltas al rededor, y andárseles la cabeza, se imaginan imitar al sol! ¡Ea, ve, enseña á la eterna Sabiduría cómo debe gobernar, y entra luego dentro de tí mismo, y nota tu imbecilidad! Cuando en estos últimos tiempos vieron los seres superiores explicar á un mortal todas las leyes de la naturaleza, se pasmaron de ver tanta sabidu-

ría en una figura terrenal, y Newton les pareció lo que á nosotros un diestro mono.

Pero este filósofo, que sujetaba á reglas las órbitas de los cometas, ¿podia describir ó fijar un solo movimiento del alma? El que demostraba los puntos de ascension y declinacion de los astros, ¿podia acaso explicar su principio ó su fin? ¡Oh! y qué portento! La parte superior del hombre puede elevarse sin obstáculo, é ir remontándose de arte en arte; pero cuando ha empezado su grande obra, cuando trata de sí mismo, lo que dispuso la razon es luego deshecho por la pasion.

Dos principios son los que rigen la naturaleza humana, el amor propio, que es el que excita, y la razon, que refrena. No llamemos al uno un bien, ni tampoco al otro un mal; cada uno produce su fin; el uno mueve, y el otro lo gobierna todo, y á sus operaciones propias se debe atribuir todo lo bueno, como á las impropias lo malo.

El amor propio, origen del movimiento, hace obrar al alma, y la razon compara, pesa y gobierna el todo. Sin aquel no se moveria el hombre á obrar, y sin esta obraria, pero sin fin. Fijo entonces como una planta sobre su pedazo de tierra vegetaria, multiplicaria, y luego se podri-

ria, ó atravesando el aire desordenadamente como un meteoro inflamado destruiria á los demas destruyéndose á sí mismo.

El principio de movimiento necesita tener mas fuerza, su operacion es activa, y asi inspira, excita é impele. El otro es tranquilo, quieto y sosegado para comparar, como que está destinado á reprimir, deliberar y aconsejar. El amor propio es siempre mas fuerte en razon de la proximidad de su objeto; la razon le tiene á cierta distancia como en perspectiva; aquel ve el bien inmediatamente por el sentido que está presente, y esta solo ve lo venidero y las consecuencias de ello. Las tentaciones vienen con ímpetu y mas de tropel que los argumentos; y si la razon es mucho mas vigilante, aquel ataca con mas fuerza. Para suspender la accion del mas fuerte, valgámonos de la calma de la razon, escuchándola siempre; esta atencion hace adquirir hábito y experiencia, y estas fortifican la razon y refrenan el amor propio.

Que los sutiles escolásticos, mas inclinados siempre á la discordia que á la union, enseñen á batirse á estas dos potencias amigas, y separen con toda la sutileza y temeridad de su ingenio la gracia de la virtud y el

sentido de la razon: ¡talentos superficiales, exactamente parecidos á aquellos locos que se matan por una palabra sin saber muchas veces lo que piensan ó pensando del mismo modo! El amor propio y la razon aspiran á un fin, evitar el dolor, y desear el placer; pero aquel vehemente parece devorar su objeto, y esta solo liba la miel, y no estropea la flor. El placer, bien ó mal entendido, es nuestro mayor mal ó nuestro mayor bien.

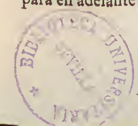
Llamaremos las pasiones unas modificaciones del amor propio. El bien cierto ó el aparente las mueven todas; pero como no es todo bien susceptible de division, y la razon nos ordena proveer á nuestra conservacion, las pasiones aunque interesadas, si sus medios son buenos, se alistan bajo el estandarte de la razon, y se hacen dignas de su cuidado; aquellas que son comunicativas ó generosas, y tienen un noble objeto, elevan su especie, y toman el nombre de alguna virtud.

Que se jacten los estóicos en su ociosa apatía de su virtud intrastornable. Su firmeza es como la del hielo, que todo lo encoge, y retira el calor al pecho. Pero la fuerza del espíritu es el ejercicio, no el reposo. Una borrasca levantada en el alma la pone en el debido movimiento; puede

asolar una parte, pero se preserva el todo. Navegamos de diversos modos en el vasto océano de la vida; la razon viene á ser la brújula; pero la pasion es la brisa ó el viento; ni hallamos solo á Dios en la calma, antes bien anda sobre las olas, y se pasea sobre los vientos.

Las pasiones, asi como los elementos, aunque nacidas para combatir, no obstante combinadas y templadas se unen en la obra de Dios. A estas basta moderarlas, y hacer uso de ellas sin destruirlas. Mas ¿puede el hombre destruir aquello que compone al hombre? Bástale á la razon no desviarse del camino de la naturaleza, sujetarlas, refrenarlas, y seguir á esta y á Dios.

El amor, la esperanza y alegría, comitiva risueña del placer; el odio, el temor y el disgusto, compañeros del dolor, mezclados con arte, y contenidos en sus debidos límites, forman y mantienen la balanza del alma; son las luces y las sombras, cuyo contraste bien entendido hace toda la fuerza y colorido del cuadro de nuestra vida. Siempre tenemos los placeres á nuestra disposicion ó á nuestra vista; y cuando unos cesan, otros se ven á lo lejos. Aprovechar los presentes, y buscar otros para en adelante, es toda la ocupacion del



cuerpo y del alma. Todos tienen su atractivo; pero no atraen todos igualmente. Los objetos, segun sus diferencias, hieren nuestros diferentes sentidos, y de aqui viene que se inflaman mas ó menos las diferentes pasiones, segun la debilidad ó fuerza de la organizacion de ellos; y de aqui viene frecuentemente que dominando el pecho una pasion, absorve ó se traga todas las demas como la serpiente de Aaron.

A la manera que tal vez recibe el hombre en el momento de respirar el principio oculto de la muerte, y que la enfermedad naciente, que á la larga le ha de rendir, va acrecentándose á medida que él crece y se fortifica con sus mismas fuerzas, asi tambien la enfermedad del alma, infundida y mezclada con su verdadera substancia, llega á hacerse la pasion dominante. Cada humor vital de los que han de nutrir el todo bien pronto corre hácia esta parte asi del alma como del cuerpo; y todo lo que enardece al corazon ó exalta la cabeza, como lo que despeja el entendimiento y desarrolla sus funciones, lo acomoda la imaginacion á su arte peligroso, y lo echa todo sobre la parte flaca.

La naturaleza es su madre, y el hábito su nodriza: el ingenio, el espíritu y el talento no hacen mas que empeorarla.

La razon misma aumenta su fuerza y actividad, asi como los rayos benignos del sol hacen mas agrio el vinagre. Nosotros, vasallos desdichados de un gobierno legítimo, en vez de obedecer á esta reina débil, obedecemos sumisamente á alguna de sus favoritas. ¡Ah! si no nos da armas como nos da reglamentos, ¿qué mas podrá decirnos sino que somos locos? Acusadora astuta, y amiga destituida de auxilios, nos enseña á lamentarnos de nuestra naturaleza, pero no á corregirla; y convertida de juez en abogado, nos persuade á hacer las elecciones que hacemos, ó las justifica despues de hechas. Envanecida con conquistas fáciles refrena las pasiones débiles, y luego triunfan las fuertes, sucediéndola lo que al doctor, que parece haber curado y expelido los humores, y luego asoman produciendo la gota.

Sí: el camino de la naturaleza debe ser siempre preferido. La razon no es en él nuestra guia; pero siempre va haciendo de escolta: sirve para rectificar, pero no para quitar y poner; y asi trata á la pasion dominante mas bien como amiga que como enemiga. Un poder superior á la razon, el supremo Ser, da esta fuerte direccion, é impele á los diferentes hombres hácia diferentes fines. Llevados asi, como

por vientos variables, por otras tantas pasiones, la dominante les arrebata siempre hácia una ú otra banda. Tenga uno ansia por mandar, por saber, por el oro ó la gloria, ó lo que es mas fuerte que todo, anhele el descanso y la comodidad, toda la vida seguirá en su empeño, aunque sea á costa de la misma vida. El desasosiego del comerciante, la indolencia del sabio, la humildad del fraile, y el orgullo del héroe, todo, todo halla igualmente á la razon de su parte.

El eterno Hacedor sacando el bien del mal combinó con esta pasion nuestros mejores principios. De este modo se fijó la porcion volatil del hombre; y pues la virtud se fortifica mezclada con la masa de aquella, asi como el metal demasiado fino adquiere mas solidez con la liga de otro inferior que se le mezcla, asi tambien el cuerpo y el alma obran de comun acuerdo.

A la manera que los frutos acerbos que se resisten al cultivo de un jardin llegan á ser buenos injeriéndolos sobre sierpes, asi las virtudes mas firmes provienen de las pasiones. El vigor de una naturaleza silvestre trabaja en la raiz: ¡ qué abundancia de saber y de honor no dimana de la melancolía ó esplin, de la obstinacion,

del rencor y del miedo! Véase si no la cólera cómo suple por el zelo y la fortaleza, y aun la avaricia por la prudencia, y la pereza por la filosofía. La lascivia mas refinada si se contiene entre ciertos límites, llega á parecer un fino amor, y á ser el hechizo del bello sexo. La envidia, que esclaviza las almas viles, es emulacion entre literatos y tambien entre los valientes. No citaremos virtud alguna, bien sea de hombre ó sea de muger, que no pueda provenir del orgullo ó de la vergüenza.

De este modo la naturaleza (¡abátase nuestro orgullo!) nos da por virtudes lo mas inmediato á los vicios. La razon cambia las inclinaciones, y las convierte de malas en buenas. Neron hubiera reinado como Tito si hubiera querido; y la ferocidad de alma detestada en Catilina encanta en Decio, y es divina en Curcio. Una misma ambicion destruye ó salva los pueblos, y forma de uno un patriota, lo mismo que de otro un traidor.

¿Pero quién podrá separar toda esa luz de las tinieblas que estan revueltas en nuestro caos? El Dios que está dentro de nosotros.

Los extremos producen en la naturaleza fines iguales, y en el hombre se hallan confundidos para algun uso misterio-

so. Aunque lo uno y lo otro traspasan sus límites alternativamente, asi como vemos muchas veces bien degradado el claro-obscuro en algunos cuadros muy concluidos, la diferencia es tan imperceptible, que se duda donde acaba la virtud, y donde comienza el vicio.

¡Qué locos los que infieran de aqui que no hay vicio ó virtud en cosa alguna! Si dos masas de color blanco y negro se mezclan, revuelven y confunden de mil maneras, ¿dejarán de ser blanco y negro? Preguntárselo á vuestro propio corazon, y nada hallareis mas evidente. El encubrirlo y taparlo haciendo pasar lo uno por lo otro es lo que cuesta tiempo y trabajo.

Es el vicio un monstruo de aspecto tan horrible, que para ser aborrecido no es necesario mas que verle. Con todo si le vemos muy á menudo nos familiarizamos con su feo rostro. A lo primero apenas le aguantamos, despues le compadecemos, y por último le abrazamos. Mas nadie está acorde todavía acerca de cual es el extremo del vicio. ¿Pregunta uno donde está el norte? En el condado de Yorck estará en el Tweed; en Escocia en las islas Orcades; y en otra parte estará en Groenlandia, en la Zembla, ú otro cualquier

parage. Nadie se tiene á sí mismo por vicioso en primer grado, sino que cree que su vecino le ha ganado la delantera. Asi aquellos que ya viven, por decirlo asi, bajo la zona del vicio mismo, ó nunca sienten sus estragos, ó nunca quieren confesarlo. Lo que haria echar pie atras espantado á un hombre de buena índole, sostendrá que es recto y bueno un vicioso empedernido.

No hay arbitrio; todo hombre es virtuoso y vicioso á medias; pero si pocos lo son en alto grado, todos hasta cierto punto. El malvado y el tronera son buenos y prudentes por capricho, y á veces el hombre mas honrado hace por capricho lo mismo que vitupera. Bien sea lo bueno, bien sea lo malo, siempre lo adoptamos por partes, pues tanto al vicio como á la virtud el amor propio es quien les dirige. Cada individuo se propone diferente blanco; pero el gran objeto de Dios es uno, á saber, el universo. Él es el que contramina todas las locuras y caprichos, el que desconcierta el efecto de todos los vicios, y el que dió á todas clases de personas unas felices fragilidades, el pudor á la doncella, el orgullo á la matrona, el miedo al estadista, la temeridad al Capitan, á los Reyes la presuncion, y á la

plebe la credulidad. Él el que saca resultados virtuosos de la vanidad, la cual no lleva mas interes ni exige otra recompensa que la alabanza; y el que funda sobre las necesidades y flaquezas del espíritu la alegría, la paz, el contento y gloria del género humano.

Habiéndonos formado el cielo á todos en términos de depender unos de otros, es claro que seamos lo que se quiera, amos, criados ó amigos, él es quien manda á cada uno que llame al otro en su auxilio, de modo que de la debilidad de cada hombre resulta la fuerza de todos. Las necesidades, fragilidades y pasiones estrechan cada vez mas esta union é interes comun, ó hacen mas agradables cada dia sus lazos. A ellas debemos la verdadera amistad, el amor sincero, y aquella alegría ó paz interior que gozamos en esta vida; y de ellas mismas aprendemos tambien en la declinacion de la edad á renunciar á estos placeres, alegrías, amores é intereses, pues por una parte la razon, y por otra nuestra misma decadencia, nos enseñan á esperar la muerte, y salir de este mundo tranquilamente.

Sea la que quiera la pasion de un hombre, su ciencia, gloria ó riquezas, ninguno quiere trocarse por su vecino. El

sabio vive feliz explorando la naturaleza; el necio encuentra su dicha en no saber una jota; el rico pone todo su deleite en tanto tener; el pobre se halla contento con el cuidado de la Providencia. ¡Mira cómo cantan y bailan ese ciego y ese cojo miserables! El beodo se cree un héroe, y el maniático un monarca. El alquimista muerto de hambre es sumamente feliz con sus auríficas esperanzas, y el poeta tambien con su musa.

Mira cómo cada clase de gentes aguarda un consuelo particular; cómo nos ha sido dado á todos el orgullo como un amigo comun; y mira cómo vienen en nuestra ayuda ciertas pasiones acomodadas á cada edad: la esperanza viaja por todas partes con nosotros, y ni aun nos abandona cuando morimos.

Hasta este término fatal la opinion dora con sus reflejos y cambiantes aquellas nubes arreboladas que hermosean los dias de nuestra vida.

La felicidad que nos falta es suplida por la esperanza, así como cada vacío en el sentido es suplido por el orgullo. Estas pasiones son las que edifican todo lo que el conocimiento podria destruir. La alegría está siempre saltando como el licor en la copa de la locura. Frustrada

una idea cualquiera, al instante salimos con otra, pues no habia de habérsenos dado en vano la vanidad. De este modo el amor propio se transforma, mediante un divino impulso, en una balanza para pesar las necesidades agenas por las propias. ¡Ea! Confiesa al menos una verdad, de que siempre sacamos un gran consuelo, y es que *aunque el hombre es necio y loco, Dios es la misma sabiduría.*

EPISTOLA TERCERA.

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RESPECTO A LA SOCIEDAD.

Quedamos en que *la causa universal* obra solo por *un fin;* pero por leyes diferentes. En la lozanía de la salud, en la pompa del orgullo, y durante la altanería de la opulencia tengamos presente de dia y de noche esta verdad; pero mas presente todavía cuando instruyamos ú oremos.

Tendamos la vista por ese mundo, y contemplemos la cadena de amor que lo reune y enlaza todo, asi acá abajo como encima de nosotros. Vemos la naturaleza plástica trabajando para este fin, y ve-

mos como los simples átomos se atraen unos á otros. El uno es atraido ahora, y luego atrae al que está mas cerca, pues estan formados de un modo, que se ve cada uno impelido á abrazar al mas inmediato. Mira despues esa materia dotada de diferentes vidas gravitar siempre hácia un centro comun, á saber, el bien general. Mira esos vegetales, que muriendo vienen á ser el sosten de la vida; y mira esa vida, que extinguiéndose vuelve de nuevo á vegetar. Todas las formas que perecen son reemplazadas por otras formas, pasando alternativamente desde la vida á la muerte, y desde la muerte á la vida, asi como se forman borboteando las ampollas de agua en el mar, las cuales se levantan, revientan, y vuelven otra vez al mar. Nada es extraño ni nos viene de fuera; las partes se refieren al todo. Un espíritu omni-extenso y conservador une entre sí todos los seres, al mas grande con el mas pequeño. Hizo la bestia para ayuda del hombre, y al hombre para auxilio de la bestia. Todo es servido, sirviendo todo. Nada está solo; la cadena sigue, y continúa mas allá; pero donde llega su punta nadie lo sabe.

¡Hombre loco! ¡habia de haber trabajado Dios únicamente para tu bien, tu

placer, pasatiempo, adorno y alimento! El que alimenta para tu mesa al cervatillo retozon, igualmente benéfico para con él, esmaltó de yerbas y flores los prados. ¿Se remonta acaso por tí á gorgear la alondra en los aires? La alegría es quien agita sus alas, y á quien debemos la melodía de su canto. ¿Ejercita acaso por tí el gilguerillo sus órganos armoniosos? Su alborozo y sus amores son los que hinchen el aire de dulces sonidos. El bridon arrogante ora corra ó piafe ostentoso, parte el placer y la gloria con su ginete. ¿La semilla que tapa la tierra es quizá para tí solo? Las aves vendrán á por su grano. ¿Es quizá toda para tí solo la dorada cosecha de un año abundante? Tú pagarás, y con razon, el trabajo de los bueyes que te la ganaron: y el lechon, que no trabaja nunca, ni ara, ni obedece á tu voz, vivirá regalado y cuidado de tí, que crees ser el amo y señor de todo.

Sabe pues que todos los hijos de la naturaleza son dignos de sus cuidados. La piel que abriga al Monarca, cubria y abrigaba primero al oso. Cuando el hombre dice: he aqui como todo se hizo para servirme á mí: "he aqui el hombre, dice el ansaron, que sirve para mi regalo." ¡Qué afan, qué cuidado en guardarle, alojarle,

apacentarle y regalarle! Bien ve él este particular esmero; pero no sabe que es para devorarle. En lo que cabe como ansaron discurrirá muy bien; pero lo yerra de medio á medio en cuanto á los designios del hombre. Pues lo propio sucede con el hombre cuando pretende que todo ha sido hecho para uno solo, y no lo uno para el todo, que discurre á la manera del ganso.

Aun suponiendo que el mas fuerte reine sobre el mas débil, y que el hombre sea el espíritu y tirano del universo, la naturaleza tambien da sus jaques á este tirano. Él solo es el que conoce y provee á las necesidades y males de las demas criaturas. El halcon que arrebata la paloma, ¿la perdonará acaso la vida por el tornasoleado de su pluma? ¿Párase el arrendajo por ventura á admirar las alas doradas de los insectos? ¿Y el gavilan se detiene acaso á escuchar el canto del ruiseñor? El hombre solo se interesa por todos: proporciona bosques á las aves, pastos á los animales, lagos y estanques á los pescados: cuida de los unos por interes, de los otros por deleite, y de muchos mas por vanidad. Todos subsisten, gracias al esmero de este amo vanidoso, y gozan de una felicidad proporcionada á su lujo.

Él es quien preserva del hambre y de las fieras alimañas á todo lo que una hambre estudiada le enseña á él á codiciar: acaricia y engorda á los animales que destina para su regalo; pero hasta que les quita la vida se la hace al menos feliz, sucediendo á estos animales, en cuanto á preveer y sentir su golpe fatal, lo que sucede al hombre escogido del cielo cuando vibra el rayo sobre su cabeza (*). ¡Gozaron de la vida antes de morir! ¿No debemos nosotros morir tambien despues de haber gozado de la vida?

Propicio el cielo con todo ser qne no piensa, no le da el vano conocimiento de su fin. Se le da al hombre, pero en tal punto de vista que se le hace desear al paso que le teme. La hora es incierta y oculta, y el temor es tan lejano, que aun cuando se acerca la muerte, jamas nos parece que se nos arrima. ¡Oh milagro siempre perene, haber dado los cielos esta sutileza al único ser que piensa!

Reconoce, pues, que todo ser, bien esté dotado de razon ó de instinto, goza de

(*) Las personas heridas del rayo se consideraban como sagradas y favorecidas del cielo, no solo por varias naciones de la antigüedad, sino por algunas de las orientales.

las facultades que mejor le convienen para su bien: que todos por este principio propenden igualmente á su felicidad, y hallan medios proporcionados á su fin. Los que guiados enteramente por su instinto, hallan en él un guia infalible, ¿necesitan acaso para dirigirse buscar cabeza que les rija, ó andar convocando á juntas? La razon, sean cuales fueren sus facultades, á lo mas mas es indiferente; no se cura de servir; y si sirve á otros es á la fuerza: espera siempre á que la llamen; y cuando se la llama, y viene se queda algo lejos. El instinto generoso acude por sí mismo de muy buena gana; fiel servidor, á nadie abandona nunca, al paso que la razon, como poco constante, sirve solo á ratos: esta sabe muy bien andar de medio lado; pero el otro siempre derecho. En la naturaleza de los seres que guia el instinto, los principios de impulso y comparacion que estan divididos en el nuestro, se hallan reunidos en uno; pero aun dado caso que queramos elevar á la razon sobre el instinto, en este gobierna Dios, y aquella gobierna el hombre.

¿Quién enseñó á los moradores de la tierra y del agua á huir de la ponzoña y escoger su alimento? Próvidos y advertidos los unos saben edificar sobre el nivel

de las olas, y hacer los otros bóvedas bajo de la arena para resistir á las tempestades y mareas. ¿Quién enseñó á la araña á tirar paralelas sin regla ni compas con tanta exactitud como Moyure (*). ¿Quién enseña á las cigüeñas, semejantes al famoso Colon, á recorrer climas extraños y mundos desconocidos? ¿Quién convoca sus juntas? ¿Quién fija el dia de la marcha? ¿Quién ordena sus falanges y les traza su camino?

Dios pone en la naturaleza de cada ser la semilla de aquella felicidad que le conviene, y le prescribe sus límites; pero como ha criado un universo, para hacer al todo feliz, ha fundado la mutua felicidad sobre necesidades recíprocas. Por eso reina un orden eterno desde el principio, y toda criatura se ve ligada á otra criatura, bien asi como el hombre al hombre. Todo cuanto anima el cielo vivificador, todo cuanto respira en los aires, todo cuanto crece bajo las ondas, ó habita esparcido por la tierra, todo es fomentado por nuestra madre comun naturaleza mediante una llama vital que hace brotar sus semillas productoras. El hombre igualmente que

(*) Famoso matemático, muy estimado de Newton.

todo ser que anda errante por los bosques, vuela por los aires, ó nada en las aguas, se ama á sí mismo, aunque no se ame á sí solo: cada sexo siente unos mismos estímulos, hasta que de dos se hacen uno. Su placer jamas se acaba con los primeros ímpetus amorosos, pues se aman por tercera vez en su propia descendencia. Por eso brutos y aves cuidan tanto de sus hijuelos, objeto de sus cariños: las madres les alimentan, y los padres les defienden. Mas cuando crecieron lo bastante para echar á correr ó volar, entonces cesa el instinto, se acaban los afanes, rómpense los vínculos, cada cual busca nuevas amistades, empiezan nuevos amores, y nace otra nueva raza.

Menos capaz de ayudarse la especie humana, exige cuidados mas prolijos, y estos producen vínculos mas durables. La razon y reflexion les prestan una nueva fuerza, y abren al amor y al interes un campo mas vasto todavia. Fíjase el hombre por eleccion, y se abrasa por simpatía: las virtudes nacidas entre las pasiones reinan alternativamente con ellas. Nuevas necesidades, nuevos socorros y nuevos hábitos acumulan benevolencia y mas benevolencia sobre tantos beneficios. De un mismo tronco nace y renace una prole que no se acaba: un amor inspirado por la

naturaleza, y luego sostenido por hábito, velan tanto sobre el recien nacido como sobre el espigado y adulto. Apenas llegan los últimos que nacieron á la madurez de hombres, cuando ven á los que les dieron el ser en absoluta imposibilidad de cuidarse. La memoria y la prevision les hacen entrar en justas reflexiones, la una por los recuerdos de su tierna infancia, y la otra por el rezelo de una vejez achacosa, mientras que el placer, el reconocimiento y esperanza, todos combinados, aumentan estos nuevos intereses, y aseguran la duracion de la especie.

No creais tampoco que en el primer estado del mundo, que era el de la naturaleza, se debió caminar á ciegas: el estado de naturaleza era el reinado de Dios: el amor propio y el social nacieron con él, y la UNION fue el vínculo del hombre y de todas las cosas. No habia entonces orgullo, ni todas esas artes que fomentan la vanidad. Gozando de los bosques el hombre igualmente que el animal, andaban juntos á la sombra de los árboles: tenian un mismo alimento, y un mismo lecho. No necesitaba el hombre matar á nadie para comer y vestir. El monte resonante era el gran templo en que todos los seres á quienes el Hacedor dotó del

órgano de la voz, cantaban alabanzas al Padre comun. No estaba el santuario chapeado de oro, ni salpicado de sangre; y el sacerdote era puro, sin mancilla, enemigo de mortandades, y esento de venalidad. El atributo de los cielos era un cuidado universal, y la prerogativa del hombre gobernar sin tiranizar. ¡Oh y cuánto se diferencia de este el hombre de los tiempos siguientes! Verdugo y sepulcro abierto de la mitad de cuanto respira, es matador de los demas seres, y traidor hasta contra sí mismo: enemigo de la naturaleza, oye sus gemidos sin condolerse. Pero nacieron de sus mismos excesos enfermedades bien merecidas, las cuales fomentadas por su sanguinolencia, dejan vengados completamente á aquellos que sacrifica. De este apetito carnívoro nacieron tambien las pasiones furiosas, y atrajeron contra el hombre al animal mas feroz de todos, á saber, al hombre mismo.

Veamos como poco á poco se elevó desde la naturaleza hasta el arte: las funciones de la razon se reducian entonces á copiar al instinto. La voz de la naturaleza se dejó oir de esta manera: ,, Anda (dijo al hombre), y aprende de las demas criaturas: aprende de las aves á conocer los alimentos que dan los arbustos, y de

los otros animales las virtudes de las yerbas. Enséñete la abeja á edificar, el topo á labrar, y la oruga á tejer. Aprende del nautilo á navegar, á manejar el remo, y á apañar el viento (*). Reconoce entre los

(*) El nautilo papiráceo es tan singular, que esto que dice Pope de él, y es lo mismo que refirieron Oppiano y otros escritores antiguos, se tuvo largo tiempo por una patraña. En la Zoologia moderna se llama á este hermoso nautilo, el *argonauta*, y por ser tan admirable su historia, y el primer modelo que nos ofrece la naturaleza de un barco navegando á vela y remo por el mar, quiero describirle aqui brevemente. Su concha es á manera de una navecilla construida con la mayor elegancia, de una sustancia blanca, delgada y trasparente, algo parecida al papel. El *argonauta* ó molusco que la habita sabe aprovecharse del viento para hacer sus correrías por el mar: á este fin se levanta á la superficie de las aguas, endereza su barquilla, y acomodándose en medio de ella enarbola dos brazos, y extiende entre ellos una membrana, que recogiendo el viento le sirve de vela; saca ademas por cada banda otros cuatro brazos que le sirven de remos, los alarga, los pone en movimiento, y empieza á navegar. Si en su travesía encuentra algun objeto que le atemorice, ó se le aparece algun pescado ene-

animales todas las formas de gobierno; y tome de todo la razon torpe y lenta instrucciones para el género humano. He aqui obras y ciudades subterráneas, y allá ciudades construidas en el aire sobre árboles bambaleantes. Estudia el genio y policía de cada una de estas asociaciones, bien sea la república de las hormigas ó la monarquía de las abejas; como aquellas amontonan sus riquezas en almacenes comunes, y conservan el orden en medio de la anarquía; y como estas, aunque sometidas á un solo gefe, tienen sus bienes propios, y su casa separada cada una. Advierte las leyes invariables que gobiernan sus estados, leyes tan sabias como la naturaleza, y tan inalterables como el destino. En vano urdirá tu razon otras telas mas delicadas; en vano cojerá á la justi-

---

migo, al momento remos, vela y piloto, todo se recoge bajo cubierta, zozobra la barquilla, y baja á lo profundo del mar. ¿Pasó el peligro? ¿No siente novedad? Entonces vuelve á subir arriba, despliega su vela, arma sus ocho remos, y continúa su derrota en busca de lo que necesita, ¡Lo entiende el argonauta! ¡Sabe hacer mas el hombre! ¡Debe algo á su Criador! ¡O se hacen todas estas cosas por mera casualidad!

cia misma bajo la trampa de la ley; ó convertirá una legislacion demasiado rígida en una solemne injusticia, siempre demasiado débil para los fuertes, ó demasiado fuerte para los débiles. Anda sin embargo, y reina sobre todas las criaturas: sujete á los demas hombres el que sea mas diestro, y corónenle como Monarca, ó adórenle como un Dios en premio de algunas artes que les enseñó, y qué podian haber sido suplidas por solo el instinto."

Asi habló la naturaleza: el hombre dócil obedece, y se edificaron ciudades, y se formaron asociaciones: alli se levantó un estado pequeño: aqui cerca por los mismos medios se erigió otro que se reunió al primero por amor ó temor. Si los árboles daban en el uno frutos mas abundantes, y las fuentes en el otro aguas mas saludables; pudiendo lograrse por el comercio lo que era fácil arrebatar por la guerra, el que se presentó como enemigo se vo vió convertido en amigo Los vínculos del comercio y del amor bastaban para unir fuertemente al género humano. cuando el amor era aun libre, y no habia mas leyes que las de la naturaleza. Asi se formaron los estados. El nombre de Rey fue desconocido hasta que un interes comun depositó el poder en

manos de uno solo. Entonces solo un mérito ó virtud superior (ora por lo que hace á las artes, ora por lo tocante á la guerra, ora por derramar beneficios, ora por evitarles calamidades), una sola virtud de la clase de estas, que eran las que los hijos admiraban y veneraban en sus padres, bastó para hacer á uno Príncipe, ó llamarle Padre de su pueblo.

Hasta entonces cada Patriarca coronado por las manos de la naturaleza era el Rey, Sacerdote y Padre de su estado naciente. Sus súbditos confiaban en él como en otra segunda Providencia Su ojo era su única ley, y su lengua el único oráculo. Les enseñó á sacar su alimento de los surcos de la tierra, á dominar al fuego, y sujetar las aguas, á coger los monstruos marinos en lo profundo del mar, y hacer caer á sus pies las águilas altaneras; mas llenándose al fin de achaques, y poniéndose caduco y moribundo, empezaron los pueblos á compadecer como hombre al que habian reverenciado como Dios. Subiendo asi de generacion en generacion, buscaron otro mas grande, un primer Padre de todos, y le adoraron. Pero sea que la simple tradicion de que este universo ha tenido un principio, hiciese pasar de padres á hijos una fe no interrumpida, el

artífice fue distinguido de la obra, y la razon solo conoció uno. Antes que el espíritu pervertido alterase esta luz, el hombre á semejanza de su Criador halló que todo era bueno; caminaba por el sendero de la virtud en medio de los placeres, y reconocia un verdadero padre en el mismo Dios que adoraba. Toda la fe, y todos sus deberes se reducian al amor; porque la naturaleza no admitia en el hombre ningun derecho divino, ni temia mal alguno de Dios; porque no podia concebir cómo podria un Ser soberano dejar de ser un soberano bien. La verdadera fé y la verdadera política caminaban á la par: la una no era mas que el amor de Dios, la otra el amor del hombre.

¿Mas quién seria el primero que á unas almas esclavizadas, y á unos reinos medio aniquilados enseñase la monstruosa doctrina de que se habian hecho los mas de los hombres para el bienestar de uno solo, excepcion orgullosa de todas las leyes de la naturaleza, que trastornaria el mundo si se admitiese, y contrarrestaria abiertamente los designios de la suprema causa? La fuerza fue la primera que hizo conquistas, asi como los conquistadores las leyes. Vino despues la supersticion é inspiró miedo al tirano; y atemoriza-

do este partió la tiranía con ella; interesada asi le prestó su ayuda, é hizo un Dios del conquistador, y del vasallo un esclavo. El fuego de los relámpagos, el estampido del trueno, el estremecimiento de las montañas y los horrendos bramidos de la tierra le sirvieron para obligar á los hombres débiles á prosternarse, y á los orgullosos á hacer plegarias á ciertos seres invisibles mas poderosos que ellos. Del cielo que parecia desgajarse hizo bajar á los dioses; y de la tierra que se abria bajo sus pies salir los espíritus infernales. Fijó en una parte mansiones terribles, y en otra paises deliciosos y afortunados: el temor hizo sus demonios, y una débil esperanza sus dioses, dioses llenos de parcialidad, inconstancia, pasion é injusticia, cuyos atributos eran la rabia, la venganza ó lubricidad, como podian figurárselos almas tan bajas. ¡Corazones desapiadados y crueles no podian creer sino en dioses tiranos! El zelo y no la caridad vino desde luego á ser su guia, y se edificó un infierno sobre el rencor, y un cielo sobre el orgullo. Cesó desde entonces de ser sagrada la bóveda de los cielos, y se levantaron altares de marmol, y se regaron con sangre. Los sacerdotes por la vez primera se hartaron de un alimento que habia tenido vida, y

bien pronto mancharon su ídolo ceñudo con sangre humana. Conmovieron la tierra con el trueno del cielo, y se sirvieron de Dios como de una máquina para lanzar rayos contra sus enemigos.

De este modo el amor propio ceñido al bien de uno solo, sin consideracion alguna á lo que es justo ó injusto, se abrió un camino hácia el poder, la grandeza, las riquezas y el deleite. Este mismo amor propio, esparcido por todos, proporcionó tambien los motivos para restringirle, y vino á ser la fuente del gobierno y de las leyes. Porque si lo que un hombre desea, los demas lo desean igualmente, ¿de qué sirve la voluntad de uno solo contra la voluntad de muchos? ¿Cómo conservaríamos una cosa si cuando se hallase uno dormido, otro mas débil viniese á quitársela, ó cuando estuviese despierto se la robase otro mas fuerte? El amor de la seguridad debe restringir el de la libertad; y todos deben unirse para conservar lo que cada cual desea adquirir. Asi por su misma seguridad, obligados los reyes á seguir la virtud cultivaron la justicia y la benevolencia; el amor propio se contuvo en sus primeros ímpetus, y halló el bien particular en el bien general ó del público.

Levantóse entonces un genio superior,

ó sea alguna alma generosa, algun discípulo de los dioses ó amigo del hombre, ora fuese poeta, ora buen patriota, para restablecer la fe y la moral que la naturaleza habia enseñado primeramente: encendió su antigua antorcha mas bien que ninguna otra nueva, y no pintó la imagen de Dios, sino que trazó su sombra; enseñó á los reyes y á los pueblos el justo uso de sus derechos; les adiestró á no llevar nunca ni demasiado flojas ni demasiado tirantes las riendas delicadas del gobierno, á concertar con tal perfeccion lo grande con lo pequeño, que tocando á lo uno se estremeciese lo otro, y á unir de tal manera los intereses mas opuestos, que resultase la exacta armonía de un estado mixto perfecto. Tal es la gran armonía del mundo que proviene de la union, orden y concierto general de todas las cosas; en que el grande y el pequeño, el fuerte y el débil estan hechos para servir, y no para padecer; para sostener, y no para atacar; y en que es uno tanto mas poderoso, cuanto mas le necesitan los demas, y feliz á proporcion de los felices que hace á su lado; y en que todo camina hácia un punto, todo se dirige hácia el mismo centro, brutos, hombres, súbditos, señores ó reyes.

Dejad á los insensatos que disputen sobre las formas de los gobiernos: el mas bien administrado será el mejor. Dejad á los exaltados por un zelo rígido disputar sobre las diversas creencias: el hombre de buena conducta anda por el camino derecho. Todo cuanto se oponga al único, al gran fin debe ser falso; y todo cuanto contribuya á la felicidad del género humano, ó á la correccion de las costumbres, preciso es que venga de Dios.

El hombre, á la manera de la vid, necesita rodrigon, y adquiere la fuerza que le sostiene de la cosa misma que abraza. Y asi como los planetas, rodando sobre su eje, dan sus vueltas alrededor del sol, asi tambien obran en el alma dos movimientos muy compatibles, el uno relativo á nosotros mismos, y el otro relativo al universo.

Por lo tanto Dios y la naturaleza enlazaron todas las partes de esta gran fábrica general, y quisieron que *el amor propio y el social fuesen ambos una misma cosa.*

EPISTOLA CUARTA.

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RESPECTO A LA FELICIDAD.

¡Oh felicidad, blanco y fin de nuestra existencia! bien, placer, descanso, contentamiento, cualquiera que sea tu nombre: cosa que no sabemos lo que eres, y nos haces dar continuos suspiros: por quien soportamos la vida, y llegamos á arrostrar la muerte: que te se ve siempre tan cerca, y siempre estás mas allá de nosotros: objeto poco meditado, y visto tan en confuso asi por el sabio como por el necio: planta de semilla del cielo, ya que has caido en la tierra, dí, ¿en qué terruño mortal te dignas crecer? ¿Te manifiestas á las claras á nuestros ojos en los esplendores de una corte fastuosa, ó yaces enterrada en las hondas minas con el oro y los diamantes relucientes? ¿Estás entretejida con los laureles de las guirnaldas del Parnaso, ó te se recoge á fuerza de hierro por esos campos de Marte? ¿Dónde creces? ¡Oh acaso no creces! Si nuestro trabajo es vano, será por defecto del culti-

vo, y no del terreno. La verdadera felicidad no está destinada para nadie en particular: ó en ninguna parte se halla, ó se encuentra por donde quiera: no se compra: se da de balde; y huyendo de los palacios de los Monarcas, ¡Bolingbroke, habita contigo!

Pregunta á los sabios el camino para llegar á conseguirla; pero los sabios estan ciegos: uno nos encarga ser oficiosos, otro que huyamos de los hombres; unos hacen consistir la felicidad en la accion, otros solo en el descanso; unos la llaman placer, y otros contentamiento. El que asi define la felicidad ¿nos enseña algo de nuevo, ó dice otra cosa, poco mas poco menos, sino que la felicidad es felicidad? ¡Vanos, filósofos! Segun unos, el placer no es mas que la carencia de dolor; otros dudan de esto y de todo; y para otros la virtud misma no viene á ser mas que un nombre vano! (*)

Abandonemos los senderos de opiniones tan insensatas, y sigamos la ruta de

(*) Alude Pope á aquellas fuertes expresiones del famoso Bruto, filósofo estóico, á la hora de su muerte, el cual vencido por Octavio y Marco Antonio, y viéndose reducido á quitarse la vida por no caer en manos

la naturaleza. La felicidad está al alcance de todos, sean del estado y talento que se fueren: sus bienes se nos ofrecen por sí mismos á la vista, con tal que no los busquemos en los extremos, dònde no se encuentran nunca. Solo se necesita para eso buen sentido y rectitud: quéjense algunos cuanto quieran de la diversidad de porcion que les toca: no puede haber igualdad de contentamiento general, asi como no la hay de sentido comun.

Acuérdate, hombre, que la causa universal no obra por leyes particulares, sino por leyes generales, y ha sabido constituir lo que merece llamarse justamente felicidad, no en el bien de solo uno, sino en el de todos en general. No puede gozar un individuo de una verdadera felicidad sin que esta rebose en cierto modo, y se reparta entre toda la especie. Un feroz bandolero, un tirano rabioso lleno de orgullo, y un solitario soterrado en su caverna no pueden bastarse á sí mismos. Los que parece que huyen de las gen-

---

de sus enemigos, exclamó asi, segun refiere Dicn: ,,¡O desdichada virtud! yo te seguí, yo te abracé como una cosa real y verdadera, y he visto que eres una palabra insignificante, y una esclava de la fortuna!"

tes y pretenden aborrecer mas al género humano, buscan un admirador, ó quieren grangearse apasionados. Si llegamos á hacer abstraccion de lo que sienten y piensan los demas hombres, todos los placeres menguan, y toda gloria se extingue. Cada uno tiene señalada su dosis de felicidad, y el que quiere mayor cantidad pronto experimenta que el aumento de placer no equivale á la mitad de la pena.

La gran ley del cielo es el orden; y sentado ya este principio, es claro que hay y debe haber hombres mas ricos, poderosos y hábiles unos que otros; pero seria querer chocar con todo sentido comun el inferir por eso de aqui que tambien han de ser mas felices. Aunque esten repartidos desigualmente los bienes de fortuna, siempre que los hombres sean iguales en felicidad, debemos confesar que el cielo es justo é imparcial, pues lejos de destruir la felicidad esta desigualdad de bienes, produce necesidades mutuas, que contribuyen á acrecentarla. La diferencia que se nota en la naturaleza sirve para conservar la paz; ni la condicion ni las circunstancias son las que hacen la esencia de la felicidad. La misma es para el súbdito que para el Rey, para el que defiende que para el defendido, para el que halla un amigo que para este.

mismo amigo. El cielo que inspiró en todos los seres del universo una alma comun, les dió una felicidad comun. Si la fortuna repartiese igualmente sus favores, y todos fuésemos iguales, ¿no estaríamos en perpetua contienda? Asi, pues que Dios ha hecho una felicidad para todos los hombres, no podia haberla colocado en la posesion de los bienes exteriores.

La fortuna puede disponer de sus dones de mil maneras; y segun la diversidad de su distribucion, llamamos á los unos dichosos y á los otros desdichados; pero la igualdad de la fiel balanza de los cielos se deja ver patentemente en la esperanza que dió á unos y el temor que infundió á otros. No son solo el bien ó el mal presentes los que causan nuestra alegría ó afliccion, sino el presentimiento de un porvenir acaso mejor ó acaso peor.

¡Hijos de la tierra! ¿Quereis otra vez subir hasta el cielo amontonando montañas unas sobre otras? El cielo se burlará de vuestro vano empeño sepultándoos bajo las masas enormes que levantó vuestra locura.

Sabed que todos los bienes de que pueden disfrutar los individuos, que todos los que Dios y la naturaleza han destinado para el hombre, que todos los goces y placeres asi de la razon como de los senti-

dos, estan reducidos á tres cosas solo, *la salud*, *la paz*, *y lo necesario*. La salud no se conserva sino por medio de la templanza. Y la paz ¡virtud amable! la paz toda te toca á tí. Buenos y malos, todos, todos pueden adquirir bienes de fortuna; pero la fruicion del gozar es menor á proporcion de la ruindad de los medios por que se ganaron. En la adquisicion de las riquezas y placeres ¿quién es el que aventura mas, el que emplea medios injustos, ó el que usa solo de los lícitos y rectos? Entre el vicioso y el virtuoso, el feliz y el desgraciado, ¿cuál de los dos moverá á desprecio, y cuál á piedad nuestro corazon? Calculad todas las ventajas que pueden lograrse por el vicio afortunado, y hallareis que la virtud las desdeña y repugna todas; conceded, conceded á un malvado todas cuantas dichas pueda apetecer, y siempre le faltará una, la de ser tenido por hombre de bien.

¡Oh y qué ciego anda el hombre en la tierra! ¡qué poco distingue la verdad y el sistema general de Dios cuando cree feliz al vicioso, y desdichado al que practica la virtud! El hombre que penetra mejor el espíritu de este gran sistema, y se conforma mas con él, ese es el que conoce mejor lo que es la felicidad, y será tambien mas di-

choso. La locura, en sus vanos raciocinios, llama desdichado solo al hombre de bien, porque le sobrevienen males ó accidentes que la casualidad reparte entre todos. He ahi muerto al justo y virtuoso Falkland! (*) ¡He ahi al divino Turena tendido por el suelo! ¡He allí la sangre del buen Sidney (**) tiñendo la arena del campo de batalla! ¿Su virtud por ventura ha sido la causa, ó mas bien el desprecio de

---

(*) El vizconde de Falkland fue Secretario de Estado del Rey Cárlos I, y fue muerto en la batalla de Newport el año de 1643 á la edad florida de treinta y cuatro años, defendiendo á su Rey y á su patria contra los rebeldes. El conde de Clarendon, historiador de aquellas guerras civiles, le pinta como un héroe de los primitivos tiempos por su valor, integridad, elocuencia, afable trato, humanidad, talento, y sencillez de costumbres

(**) El caballero Sidney fue muerto en una refriega que se dió cerca de Zutphen entre ingleses y españoles. Estaba adornado de tales y tan raras prendas, y de tanta virtud, talento, erudicion y amabilidad, que el ejército ingles, segun Cambden, sintió su muerte sobre la de todos, y se le hicieron magníficas honras en S. Pablo de Lóndres.

la muerte? ¡Oh joven y querido Digby, objeto de nuestra pesadumbre (*)! ¿tu virtud (cual á nadie dieron tanta jamas los cielos), tu virtud pudo acaso precipitarte al sepulcro? Si la virtud hizo espirar al hijo, ¿por qué vive aun su buen padre colmado de gloria y de honrosas canas? ¿Por qué el santo obispo de Marsella respiraba él solo un aire puro, mientras que la naturaleza desfallecia y el soplo de los vientos sembraba la muerte? ¿O por qué prolongando el cielo unos dias preciosos para mí y los pobres infelices, nos conserva á nuestra tierna madre tan largo tiempo, si largo puede decirse el de la vida? (**)

(*) Mr. Roberto Digby era hijo del Señor de este nombre, á quien Pope le compuso un largo epitafio, en que le pinta como un joven de costumbres muy puras, de un saber modesto, y de una gran serenidad, asi en lo próspero como en lo adverso, hombre de bien, de verdad y de su palabra, y verdaderamente grande sin pretension á serlo; y acaba de esta suerte: „¡Oh tú que jamas deseaste cosa que no pudieses confesarla á la faz del mundo, que juntarte á las mas suaves costumbres un ingenio sin afectacion, amigo de la paz y del género humano: ea, vive eternamente.!"

(**) La madre de Pope vivia aun cuando su hijo publicó estas epístolas morales, y murió

¿Pero qué viene á ser el mal físico, y qué cosa es el mal moral? El uno apartarse de la naturaleza, ý el otro extraviarse la voluntad. Dios no envia mal alguno; y si se comprende bien su esencia, ó el mal particular es un bien general, ó admite mudanza y variacion, ó lo permite y requiere asi naturaleza; pero siempre es raro y poco durable, y lo fue asi hasta que el hombre lo empeoró todo. Que Cain mate al justo Abel, ó que un hijo virtuoso se vea lleno de achaques y dolencias por la sangre corrompida que heredó de un padre licencioso, grande locura seria quejarse de los cielos, tanto respecto á uno como respecto á otro. ¿Podríamos creer que la causa eterna, semejante á los príncipes débiles, habia de infringir sus mismas leyes por complacer á favoritos?

¿Ha de sofocar el Etna sus fuegos y hacer cesar sus bramidos porque se lo intime el filósofo? ¿Han de producir nuevas sensaciones el aire y el mar para que respire cómodamente el virtuoso y delicado Bethel? (*) ¿No han de obedecer á las

---

al año siguiente de 1733 de edad de 93 años, habiéndose distinguido mucho por su piedad y amor á los verdaderos pobres.

(*) Mr. Bethel era un buen amigo de Po-

leyes de la gravedad las montañas conmovidas por un terremoto porque no soterren á nadie? ¿O ha de mantenerse en el aire la bóveda de un templo desplomado hasta que pille debajo la cabeza del infame Chartres? (*)

---

pe, de mucha probidad y de una complexion muy delicada, á quien en carta de 9 de Agosto de 1733 le decia las siguientes palabras: ,,Mucho me temo que en mi Ensayo sobre el hombre no halleis un verso que os incomode; pero yo no quiero variarle ni suprimirle, porque no me quiero privar del mayor gusto que puedo tener porque otro tenga la modestia de no querer disfrutarle conmigo. ¡Qué mas puede hacer un pobre poeta que tributar este homenage á la virtud, ya que él no la tenga, sobre todo en un siglo en que hay tanta penuria de buenos ejemplos, que no debe uno dejar perder ninguna ocasion de aprovechar los que se le vengan á la mano!"

(*) Francisco Chartres fue uno de los hombres mas perversos que han existido. No habia pasado de la clase de alferez cuando ya fue expelido del regimiento en que servia por una ratería. Por otras habilidades semejantes fue desterrado de Bruselas, y despues de Gante. Cansado de hacer fullerías al juego, se metió á usurero, prestando bajo las condiciones mas irritantes, acumulando intereses sobre in-

Mas si no os gusta este mundo, ó es tan á propósito para los malvados, imaginemos otro mejor. Supongamos que sea un

---

tereses, y capitales sobre capitales, y exigiendo su pago sobre la marcha del modo mas cruel; de manera que amontonó inmensas riquezas por un empeño constante en vivir acechando y aprovechándose de los vicios, miserias y locuras de los hombres. Llegó á tener siete mil libras esterlinas de renta en haciendas, y cien mil en dinero contante. Convirtió su misma casa en lupanar: fue condenado dos veces por forzador; pero la última vez fue multado en sumas enormes. Murió en Escocia en 1731 de edad de sesenta y dos años; pero al ir á enterrarle el pueblo se amotinó, medio arrebató el cadaver del ataud, y luego echó en el hoyo sobre él perros muertos y otras inmundicias. El Dr. Arbuthnot le compuso un terrible epitafio, en que despues de pintarle como un malvado que mereció mil veces morir en la horca, acaba con estas memorables palabras. ,,¡Lector indignado! no creas que este mal ejemplo sea inútil al género humano. La Providencia toleró sus execrables delitos para dar un claro testimonio á las generaciones venideras de lo poquísimo que valen las mayores riquezas ante los ojos de Dios, cuando le dejó colmarse de ellas al mas indigno y perverso de todos los mortales."

reino de justos, y veamos ante todas cosas cómo se conciertan entre sí. Los hombres de bien deben merecer del cielo un cuidado particular; ¿pero quién, á no ser Dios, puede decir cuáles lo son? Uno cree que el espíritu celestial descendió sobre Calvino, y otro piensa que solo fue un instrumento del infierno mismo. Si Calvino goza de la suprema felicidad, ó si el cielo le hace sufrir el peso de su brazo vengador, uno exclama: *cierto es que hay Dios*; y otro grita: *no*, *no le hay*. Lo que choca al uno edifica al otro, y ningun sistema puede hacer á todos los hombres dichosos, pues los mas virtuosos suelen tener inclinaciones diversas, y lo que recompensa vuestra virtud á veces castiga la suya. *Cuanto existe es como debe ser.* Verdad es que el mundo se hizo para Cesar; pero tambien se hizo para Tito. ¿Y cuál de los dos fue mas feliz? ¿El que esclavizó su patria, ó aquel cuyas virtudes le hacian suspirar el dia que se pasaba sin hacer beneficios?

Pero direis: el virtuoso muere á veces de hambre, al paso que el vicioso abunda de todo. ¿Y qué se infiere de aqui? ¿Es el pan por ventura recompensa de la virtud? El vicioso puede adquirirlo lícitamente cuando es el fruto de su trabajo; el mas

perverso lo merece cuando labra la tierra ó arroja el pecho al mar, donde el loco combate por los tiranos ó por adquirir riquezas. El hombre de bien puede ser débil é indolente; pero no aspira á la opulencia, solo desea vivir contento. Pero supongamos que sea rico, ¿se acabarán por eso las peticiones? No. ¿Ha de carecer el hombre bueno de salud, ha de carecer de poder? Démosle pues riquezas, y poder y todos los bienes de la tierra. *Es regular que aun queramos mas*. ¿Pero por qué ha de ser limitado este poder? ¿Por qué ha de ser un particular? ¿No debia ser un Rey? ¿Y por qué hemos de desear solo lo exterior mas bien que lo mas precioso é interior? ¿Por qué no ha de ser el hombre un Dios, y la tierra un paraiso? El que pide y raciocina asi, dificilmente se figurará que Dios haya dado bastante cuando puede dar todavía mas, porque siendo inmenso su poder, los pedidos deben serlo tambien; ó si no decidme ¿en qué parte, en qué grado de la naturaleza deben cesar?

El premio de la virtud es aquello que nadie de este mundo puede dar ni puede destruir, á saber, la quietud del ánimo y el gozo interior del corazon. ¿Os atreveríais á señalar otro mejor, y dar á la humildad una carroza de seis caballos?

¿á la justicia la espada del conquistador? ¿á la verdad toda la pompa de los doctores? ¿y al amor del bien público, lo que mejor le cura, una corona? Semejantes recompensas no agradarian á la virtud, ó mas bien la destruirian. ¡Cuántas veces corrompieron á los 60 años las virtudes que se habian admirado á los 21!

Pero analicemos y entremos á examen. ¿Las riquezas pueden dar á cualquier hombre que no sea justo un cierto contentamiento personal, y hasta la confianza de los demas hombres? Jueces y parlamentos enteros han sido comprados á dinero; pero el amor y estimacion jamas se vendieron. ¡Qué locura la de creer que el hombre honrado que ama al género humano, y es amado de él, cuya vida respira salud, y cuya conciencia está libre de crímenes y remordimientos, pueda ser aborrecido de Dios porque no le haya dado mil guineas de renta!

El honor y la vergüenza no nacen de nuestra condicion. Cumplamos bien con nuestras obligaciones, y en eso consiste el honor. La fortuna ha establecido cierta pequeña diferencia entre los hombres: uno se contonea con sus guiñapos; otro se pavonea con sus brocados; el zapatero de viejo anda muy soplado con su mandil; el

clérigo ufano con su sotana; el fraile muy hueco con su capilla, y el monarca con su corona. Pero direis ¿puede haber cosa mas opuesta y desemejante que una capilla y una corona? Sí, amigo mio, el hombre sabio y el necio! Si el monarca se porta como un fraile, y el clérigo se embriaga como el zapatero, os desengañareis y vereis que el mérito es el que hace al hombre eminente, y la falta de mérito al hombre villano; porque en lo demas ¿qué me importa á mí la sotana del uno ni el mandil del otro?

Verse lleno de títulos y cargado de veneras y bandas es una distincion que puede adquirirse por el favor de los Reyes ó el de sus damas. Tu sangre ilustre, conocida y ensalzada por mil ó mas años, puede haber venido pasando de Lucrecia en Lucrecia; pero si fundas tu mérito sobre el de tus abuelos, no mientes nunca otros mas que los hombres grandes, es decir, los que fueron hombres de bien; porque si tu sangre antigua, pero vil y baja, ha corrido por corazones ruines, aunque sea desde el diluvio, ¡anda, miserable; y di mas bien que tu familia es nueva, y no anuncies que tus padres carecieron de mérito tan largo tiempo! Nada de este mundo puede ennoblecer á los necios, ni á los escla-

vos y ruines. ¡Ah! ni la sangre de todos los Howards! (*)

Pero pasemos á ver la grandeza. ¿Y esta dónde se encuentra? Responderás que entre los héroes y los políticos. Los héroes todos son unos (cosa que parece ya convenida) desde el loco de Macedonia hasta el otro de Suecia. El empeño extravagante de toda su vida es el de encontrarse enemigos, ó hacérselos de todo el género humano. Ninguno vuelve la cara atrás; siempre van mirando adelante, y sin embargo nunca ven mas que lo que alcanzan á tocar con la mano. Los políticos allá se van; astutos, pesados y circunspectos, no acechan mas que los momentos de imprudencia ó inconsideracion de los demas hombres, lo que no arguye destreza en ellos, sino debilidad en los demas. Pero aun suponiéndoles buen éxito en todo, ó que el

(*) Esta familia es de las mas ilustres de Inglaterra por su nobleza. Se cuentan en ella seis Pares del reino; á saber, el duque de Norfolk, y los condes de Suffolk, de Berkshire, de Carlisle, de Stafford, y de Effinghan. El duque de Norfolk es el primer duque de Inglaterra, y la dignidad de gran Mariscal es hereditaria en sus descendientes varones.

héroe conquiste, y el político logre engañar, ¡qué disparate no es calificar al crimen con la denominacion de grandeza! Su alevosa prudencia ó su valentía insensata no prueban menos por eso su locura y su vileza. El que consigue un fin noble por medios nobles, ó el que sucumbiendo á la suerte se rie y mantiene sereno en el destierro ó los calabozos, sea que reine como el sabio Antonino, ó muera desangrado como Sócrates, ese es el grande verdaderamente!

¿Y qué viene á ser la fama? Una vida imaginaria que respira en los demas; objeto totalmente fuera de nosotros, como lo está aun antes de morir. Lo unico que se goza es precisamente aquello que se oye, pues lo que es ignorado de todos, trátese de vos, milord, ó trátese de Ciceron, viene á ser una misma cosa. Todo cuanto la fama nos da á conocer nace y acaba en el corto recinto en que andan nuestros amigos ó nuestros enemigos. Para todos los demas lo que vive y lo que ya no vive es igualmente una sombra, ora sea Eugenio, ora Cesar, ora brille, ora haya brillado, en tal tiempo ó en tal parage, sobre el Rhin ó el Rubicon. Un literato es una pluma, y un general un baston. El hombre, el hombre de bien es la obra mas

noble de Dios. Puede la fama sustraer de la muerte el nombre de un célebre malvado, asi como la justicia priva á su cuerpo de la sepultura; pero tambien suele suceder que lo que fuera mejor sepultar en un eterno olvido, se expone al aire y al público para apestar á los demas vivientes. Toda reputacion que no nace de un sólido y verdadero mérito no nos pertenece, es extraña; su incienso daña á la cabeza, y no llega al corazon. Una hora de nuestra propia aprobacion interior vale mas que muchos años de aclamaciones mercenarias de un populacho alucinado. Marcelo en medio de su destierro sentia un júbilo mas verdadero que Cesar seguido y rodeado de todo un senado adulador.

¿Y qué ventajas resultan de un talento superior? Decidnos vos, milord, pues podeis decirlo, qué viene á ser el ser sabio? Es conocer lo poco que podemos saber, notar todas las faltas de los demas, y advertir uno las suyas propias. Condenado á desenmarañar negocios arduos ó restablecer las artes, sin auxiliar ó sin juez, ¿quereis manifestar algunas verdades, ó salvar un pais que se arruina? Todos temen, nadie os ayuda, y muy pocos os entienden. ¡Oh triste preeminencia la de verse superior á las debilidades de la vi-

da, y á los consuelos que esta ofrece!

Si examinamos pues á fondo todas estas diversas ventajas, y se compensa bien lo uno con lo otro, ¿cuál viene á ser el resultado? ¡Cuántas veces por lograr una cosa se pierde otro tanto de otra, si no se pierde del todo! ¡Cuán poco compatibles son muchas de ellas unas con otras, y acaso las mas esenciales! ¡Cuántas veces se arriesga por ellas la vida, ó al menos siempre el descanso! Examinadlo detenidamente; y si aun excitan vuestra admiracion, reparad á quién concede dichas ventajas la suerte. ¿Os querríais trocar por ellos? Si sois bastante mentecato para suspirar por una banda, observad qué bien les cae al lord Umbra y al caballero Billy. Si el oro ó ese barro amarillo es lo único que anhelais en esta vida, volved un poco la cara hácia Gripo y su muger. Si os prendais de un gran talento, reflexionad lo que brilló Bacon, el mas hábil, mas ilustrado y mas despreciable de los hombres (*). Si os encanta un nombre famo-

(*) Francisco Bacon fue uno de los sabios mas profundos, y de los genios mas vastos que se han conocido. Sus obras serán la admiracion de la posteridsd. Sin embargo este hombre grande fue acusado, siendo Canciller de

so, ved á Cromwel condenado á una celebridad infame y perpetua. Si el conjunto de todos estos pretendidos bienes excita vuestra ambicion, abrid y leed la historia antigua, y aprended de ella á despreciarlos todos sin dejar uno. Ved en ella y en hombres colmados de riquezas, dignidades, reputacion y grandeza la falsedad misma de todos estos bienes, que debian haberlos hecho perfectamente felices, y no los hicieron. ¡Oh! exclamará alguno, ¡qué colmo de dichas reinar en el corazon de un Rey ó merecer los favores de una Reina! ¡Sí! ¡Ay! ¡que dicha! ¡llegar á tan alta confianza, el uno para perder á su señor, y el otro para vender á su querida! Observad por qué viles medios y por qué sucios escalones subieron esos á su gloria, al modo que la altiva Venecia se levantó sobre el fango de sus lagunas. Su crimen y su grandeza caminan á paso uniforme,

---

Inglaterra, de haberse dejado corromper en punto á la administracion de justicia. Se le descubrieron bajezas infames, que al cabo confesó él mismo, y de resultas fue despojado de su diqnidad, y declarado incapaz de volver á tener asiento en la cámara de los Pares, aunque continuó titulándose baron de Verulamio y vizconde de S. Albano.

y lo que forma su heroismo destruye la humanidad. ¡Ved esas sienes de los héroes ceñidas con laureles de Europa, pero salpicados de sangre ó marchitados por la codicia: quebrantada su salud, sumidos en la molicie, y solo afamados por el saqueo de provincias enteras, viven, pero cubiertos de oprobio! ¡Miserables riquezas aquellas á las cuales ninguna accion generosa pudo dar esplendor; y ningun brillo verdadero libertarlas del bochorno y la infamia! ¿Y qué especie de felicidad es la que termina su carrera? En medio de las sombras ostentosas que les rodean, su sueño se ve turbado por el espectro de algun codicioso favorito, ó alguna muger orgullosa que se hizo dueña de todo y manda en aquellos salones donde la vanidad tiene pintada la triste historia de su vida y los monumentos de sus trofeos. ¡Ah! no nos dejemos deslumbrar por el resplandor de su mediodia. Comparémoslo con la oscuridad de su mañana y su tarde, y todo el resultado de su gran fama vendrá á parar en un sueño ó en que se confunda su gloria con su vergüenza.

Conozcamos pues esta verdad cuyo conocimiento le basta al hombre, que *no hay mas felicidad en la tierra que la de*

la virtud, único punto en que puede fijarse la dicha de los hombres, gozando del verdadero bien sin mezcla alguna de mal. La virtud sola es la que da al mérito una recompensa cierta y segura: ella la que halla un placer igual en el beneficio que se hace que en aquel que se recibe: el regocijo mas puro acompaña sus buenos sucesos; y si le fallan, lo ve sin pesar: sabe hallarse en medio de la abundancia sin tomar hastío á nada; y cuando experimenta un revés, entonces siente mayor dulzura. Las carcajadas que da la locura en medio de su insensibilidad y falsa alegría le son menos agradables que los llantos y sollozos de la virtud. De todas las cosas saca algun bien, y en todas partes halla lo que quiere; siempre está en accion; jamas se cansa; jamas se alegra ni envanece por la caida de ningun hombre, ni se abate ó entristece por su encumbramiento; nada tiene que desear, y todos sus deseos estan satisfechos; pues como ellos sean buenos, en deseando mas ya está conseguido.

Esta es la única felicidad que el cielo puede conceder á todos. El que puede pensar, puede conocerla, y el que puede sentir, gozarla. Y sin embargo, pobre aunque colmado de riquezas, ciego aunque lleno de ciencia, el malo no la alcanzará;

y por el contrario al hombre de bien se le entrará en su casa cuando menos lo piense. No se atiene ni esclaviza á ninguna secta, no sigue senda particular, sino que elevándose por la indagacion de la naturaleza hasta el Dios de la naturaleza, jamas suelta la cadena que une todo este gran sistema, y junta el cielo con la tierra y lo mortal con lo divino. Ve que en esta gran cadena ninguno puede ser feliz, sin que su felicidad alcance asi á los de arriba como á los de abajo. De la union y encadenamiento de este gran todo infiere y aprende cuál es el primero y último fin del espíritu humano, y llega á conocer cuál es el principio y fin de la fe, de las leyes y la moral, á saber, *el amor de Dios y el del hombre.*

Él solo puede saber lo que es la dulzura de la esperanza: esta le guia de un punto á otro, hasta que progresando siempre y descubriéndose mas y mas á su alma, se une por último á la fe, y entonces sin otros límites que el infinito, le ofrece una felicidad que le absorve totalmente. Entonces ve por qué la naturaleza ha dado solo al hombre la esperanza de una felicidad conocida y la fe de otra desconocida, cuando ella no dió en vano jamas impresion ó idea alguna á las demas

criaturas, pues cuanto buscan lo encuentran. ¡Sabiduría admirable de sus distribuciones, que de este modo reunió en el hombre la mayor felicidad con la mayor virtud, presentándole al mismo tiempo por un lado la perspectiva brillante de su propia dicha, y por otro el motivo mas poderoso para contribuir á la de los demas!

Ligado asi el amor propio con el amor social y el de Dios, nos hace hallar nuestra felicidad en la misma de nuestro prójimo. ¿Es acaso esto demasiado poco para tu corazon generoso sin límites? Pues ábrele otro campo inmenso, y extiende tu generosidad á tus enemigos. Haz solo un sistema de benevolencia de todos los mundos, de todos los seres racionales, y de todo cuanto tiene vida y sentimiento: cuanto mas generoso seas, tanto mas feliz serás; pues el grado mas alto de felicidad no es otra cosa que el mas alto grado de caridad.

El amor de Dios desciende del todo á las partes; pero el del hombre debe elevarse de los individuos al todo. El amor propio solo sirve para despertar al alma virtuosa, asi como la piedrecita que arrojada en el estanque empieza á formar un círculo alrededor del centro ó punto del agua que se puso en movimiento; pero se

extiende despues, y se hace mas grande, y luego mayor. Primero comprenderá al pariente, al amigo y al vecino, luego á la patria, despues al género humano, hasta que extendiéndose mas y mas estos desahogos del alma, abrazan á todos los seres, de cualquier especie que sean. La tierra toda se regocija entonces; una benevolencia sin límites produce una felicidad general, y el cielo contempla su imagen en el corazon del hombre generoso.

Ea, pues, amigo mio, genio mio, sigamos en nuestro propósito, ya que eres tan árbitro del poeta como del poema. Y entre tanto que mi musa abate su vuelo hasta las pasiones bajas del hombre, ó se remonta hácia sus fines mas altos y gloriosos, pueda yo, á la manera que tú, profundo conocedor de las maravillas de la naturaleza, descender con dignidad y elevarme con moderacion; formado por tus discursos, aprenda á pasar felizmente del asunto grave al festivo y del ligero al severo; á ser exacto con vehemencia y elocuente sin afectacion; á discurrir con solidez y agradar con delicadeza. Pero mientras tu nombre vuela sobre las alas del tiempo, recogiendo á vela llena su justa celebridad, dime ¿podrá mi barquilla seguir tu triunfo forzando de

vela, y participar de ese viento favorable? Cuando los políticos, héroes y reyes esten reducidos á polvo (¡esos, esos, cuyos hijos se avergonzarán de que sus padres hayan sido tus enemigos!), mis versos harán saber á la posteridad que tú fuiste mi guia, mi filósofo y mi amigo: que excitada mi musa por tí, consagró el arte de la armonía á cosas, y no á palabras; hablando al corazon, y no á la fantasía; haciendo brillar la luz de la naturaleza en vez del falso oropel del ingenio, y demostrando al orgullo que se engaña; que todo, todo cuanto existe es del modo que debe ser; que la razon y la pasion nos son dadas para solo un gran fin; que el verdadero amor propio y el social vienen á ser una misma cosa; que solamente la virtud puede hacernos felices en la tierra, y que el objeto principal de todos nuestros conocimientos se reduce á CONOCERNOS.

Véndese en el despacho de la Imprenta nacional, y en la librería de Brun.